

EL GENERAL DE LOS JESUITAS ¿COMO SE LE ELIGE Y QUE PODER TIENE? (*)

Dentro de unas semanas, el próximo 9 de Septiembre, se verificará en Roma, la elección del General de la Compañía de Jesús.

Ya hace tiempo pensé que sería cosa de interés, el proponer con ese motivo, lo referente a la elección y el poder que tiene el General de la Compañía.

Y esto por doble motivo: uno el del satisfacer la justa curiosidad que el asunto en sí despierta, especialmente si se tiene en cuenta la serie de disparatadas fantasías que se han esparcido en lo referente al llamado "Papa Negro"; y el otro motivo y más principal, por el profundo contenido doctrinal que encierra lo referente a las dos partes del tema de esta Conferencia.

Profundo contenido doctrinal, no solamente en orden especulativo, sino de consecuencias transcendentalísimas en orden práctico político-social.

I

En la parte nona de las Constituciones que dió San Ignacio a la Compañía, se trata de todo lo referente a la Cabeza de la misma, o sea al P. General de la Compañía de Jesús.

"Como en todas las Comunidades o Congregaciones bien ordenadas, escribe San Ignacio, ultra [además] de los que atienden a fines particulares dellas, es necesario

(*) Conferencia pronunciada por el autor, en el Salón de Actos del Colegio del Salvador, el día 23 de agosto de 1946.

"haya alguno o algunos que atiendan al bien universal
"como propio fin; así también en esta Compañía, ultra [ade-
"más] de los que tienen cargo de Casas o Colegios particu-
"lares della y de Provincias particulares, donde tienen las
"tales casas o Colegios; es necessario haya quien lo tenga
"de todo el cuerpo della, cuyo fin sea el buen gobierno y
"conservación y aumento de todo el cuerpo de la Compañía; y este es el prepósito General." (Const. P. IX, c.I.)

Con nítida claridad ha dejado San Ignacio señalada la necesidad de que exista una cabeza en la Compañía, que atienda como propio fin al bien universal de toda la Compañía, que consiste en el buen gobierno, conservación y aumento de la orden religiosa fundada por San Ignacio de Loyola.

* * *

Para que el P. General pueda realizar la finalidad de su cargo, con la mayor perfección posible, estableció San Ignacio una serie de ordenaciones peculiarísimas, que dan al gobierno de la Compañía una manera de ser distinta de la que hasta la venida de San Ignacio se había seguido en el gobierno de las demás órdenes religiosas.

Todas esas ordenaciones tienden a asegurar dos puntos que son del todo esenciales en cualquier Gobierno: uno, la fortaleza e independencia en el ejercicio del gobierno, y el otro el evitar todo abuso de autoridad y toda arbitrariedad en el gobierno.

Quien sea hombre reflexivo, caerá en la cuenta que cuantos males acaecen en cualquier gobierno, quedan reducidos a esos dos capítulos acabados de indicar.

Los gobiernos son malos gobiernos y dejan de ser gobiernos, porque no tienen la debida independencia para ser enteros y fuertes en el cumplimiento de todos los deberes que exige el bien común de todos los gobernados.

Son gobiernos de farsa y de carnaval.

El que gobierna o los que gobiernan, son meros títeres

ejecutores de voluntades de camarillas, que los manejan según sus conveniencias partidistas.

Y, por otra parte, los gobiernos son malos gobiernos y dejan de ser gobiernos, porque se los ejerce al margen de toda ley que les señale obligaciones a los gobernantes. La ley de esos gobernantes es la de su antojo y la de sus caprichos, encubierta con máscara de lo que se quiera; pero en sí, no es otra cosa, que el despotismo tiránico de los que están en el poder, porque tienen fuerza material para sostenerse en él.

Se comprende la enorme trascendencia social que encierra una forma de gobierno, que suprime esos dos escollos de los gobiernos para que sean buenos.

Y esa forma de gobierno, es la que instituyó San Ignacio en el gobierno de la Compañía.

Forma de gobierno que tiene ya cuatro siglos de práctica, con un éxito extraordinario, comprobado en la Historia.

* * *

Primeramente establece San Ignacio, las cualidades que debe de poseer el General de la Compañía.

Ya ellas son la más segura garantía de que un hombre elegido entre un gran grupo de selectos, que se haya destacado entre ellos por ser el que mejor reúne esas cualidades que exige San Ignacio en el General, puede realmente ser el más excelente gobernante.

Esas cualidades del General, las pone San Ignacio en el Capítulo II de la novena parte de las Constituciones, en el que trata: "Qual haya de ser el Prepósito General".

Escribe así San Ignacio:

"Quanto a las partes que en el Prepósito General se deben desear la primera es que sea muy unido con Dios
" Nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones..."

"La 2ª, que sea persona cuyo ejemplo en todas virtudes
" ayude a los demás de la Compañía, y en especial debe
" resplandecer en la caridad para con todos los prójimos y

" señaladamente para con la Compañía, y la humildad verdadera, que de Dios Nuestro Señor y de los hombres le hagan muy amable."

"Debe también ser libre de todas pasiones, teniéndolas domadas y mortificadas: porque interiormente no le perturbén el juicio de la razón, y exteriormente sea tan compuesto y en el hablar especialmente tan concertado, que ninguno pueda notar en él cosa o palabra, que no le edifique, así de los de la Compañía que le han de tener por espejo y dechado, como de los de fuera."

"Con esto sepa mezclar de tal manera la rectitud y severidad necesaria, con la benignidad y mansedumbre..."

"Y así mismo la magnanimidad y fortaleza de ánimo le es muy necesaria para sufrir las flaquezas de muchos, y para comenzar cosas grandes en servicio de Dios nuestro Señor, y perseverar constantemente en ellas cuando conviene: sin perder ánimo con las contradicciones (aunque fuesen de personas grandes y potentes) ni dexarse apartar de lo que pide la razón y el divino servicio por ruegos o amenazas dellos: siendo superior a todos casos, sin dejarse levantar con los prósperos ni abatirse de ánimo con los adversos: estando muy aparejado para recibir, quando menester fuesse, la muerte por el bien de la Compañía en servicio de Jesucristo Dios y Señor nuestro."

"La 3ª es que debría ser dotado de grande entendimiento y juicio; para que ni en las cosas speculativas y prácticas que ocurriesen le falte este talento. Y aunque la doctrina es muy necesaria a quien tendrá tantos doctos a su cargo; más necesaria es la prudencia y uso de las cosas espirituales...; y así mismo la discreción en las cosas externas y modo de tratar de cosas tan varias y conversar con tan diversas personas de dentro y fuera de la Compañía."

"La 4ª y muy necesaria para la execución de las cosas, es que sea vigilante y cuidadoso para comenzar, y strenuo

"para llevar el fin y perfección suya, no descuidado y remisso para dexarlas comenzadas y imperfectas."

"Finalmente debe ser de los más señalados en toda virtud, y de más méritos en la Compañía, y más a la larga conocido por tal."

* * *

Quién posea esas cualidades, y sea el más apto para ejercer el cargo de General en la Compañía, lo ha de ver la misma Compañía.

Cada Provincia jesuítica se reúne en Congregación provincial, y allí los Padres congregados eligen a dos Padres, que con el Provincial de esa Provincia, son los destinados para "electores" del nuevo P. General.

Todos los electores acuden al lugar destinado para la elección. Desde que se convoca para la Congregación General: "Daráse así mesmo orden por los Superiores, prescriben las Constituciones, que todos los que están a obediencia de la Compañía, hagan cada día oración y en sus missas se acuerden de encomendar mucho a Dios Nuestro Señor, los que van a la Congregación y quanto en ella se tratase, que todo sea como conviene para su mayor servicio alabanza y gloria." (Const. P. VIII, c.III, n.4)

Cuando ya todos los electores hayan llegado al lugar de la elección "el que quedó por Vicario, quatro días antes de la elección del Prepósito futuro, les hable a todos della, exhortándolos a hacerla cual conviene para el mayor servicio divino, y buen gobierno de la Compañía. Y sin éste día, tendrán los otros tres de término para encomendarse a Dios, y mejor mirar quién de toda la Compañía será más conveniente para tal cargo, informándose de los que podrán dar buena información; pero no determinándose hasta entrar y encerrarse en el lugar de la elección" (Const. P. VIII c. VI n. 1.)

"3º El día de la elección, que será el siguiente a estos tres diga uno misa del Espíritu Santo y todos la oyan y se comuniquen en ella."

"4º Después a son de campana, llámense los que tienen
"voz al lugar donde se han de congregar; y uno dellos haga
"un sermón con que exhorte en general (sin dar señal de
"tocar en particular a ninguno) a escoger un Prepósito qual
"conviene para mayor servicio divino. Y habiendo dicho
"juntamente aquel himno: Veni Creator Spiritus etc.; se en-
"cierren en el tal lugar de la Congregación... en manera
"que no puedan salir, ni se les dé de comer otra cosa que
"pan y agua, hasta que hayan elegido General."

"5º Y si todos con común inspiración elegiesen a uno,
"sin esperar orden de votos, aquel sea el Prepósito General."

"6º Quando no se hiciese así la elección, tendrásela la
"forma siguiente. Primeramente cada uno de por sí hará
"oración, y sin hablar con otro alguno, delante de su Criador
"y Señor se determinará por las informaciones que tiene;
"y escribirá en un papel la persona que elige por Prepósito
"General y fírmelo de su nombre; y para esto se dé término
"de una hora... Y después invocada la gracia del Espíritu
"Santo, lléguese (el Vicario) con sus compañeros (el Secre-
"tario de la Congregación y otro Padre elegido para esto)
"a una mesa puesta en medio; y demandándose los tres
"entre sí, sus votos, con juran cada uno primero que le dé,
"que nombra al que siente en el Señor Nuestro, más idóneo
"para tal cargo... Después demanden a cada uno de los
"de la Congregación de por sí, y delante de todos, su voto
"asimesmo en scrito y precediendo el mesmo juramento."
"...y la persona que se hallase tener más de la mitad de
"todos los votos, sea el Prepósito General."

Y el Vicario que presidió la elección: "formará el decreto
"de la elección, diciendo: "In Nomine Patris et Filii et Spiritus
"Sancti, Ego N., nomine meo et omnium idem sentientium
"eligo N. in Praepositum Generalem Societatis Jesu". Y esto
"hecho, "luego lleguen todos a hacerle reverencia y las dos
"rodillas en tierra le besen la mano. Y el elegido no pueda
"rehusar la elección ni la reverencia, acordándose en cuyo

" nombre debe aceptarla. Y digan todos después "Te Deum
" Laudamus" todos juntos." (Const. P. VIII, cap. VI, nos. 3-6.)

En las declaraciones, al modo de efectuarse la elección, se dice así en las Constituciones:

"F. La fórmula del juramento podrá ser ésta: "Testem
" invoco cum omni reverentia Jesum Christum, qui Sapientia
" est aeterna, quod ego N.N. illum eligo et nomino in Proe-
" positum Generalem Societatis Jesu quem sentio ad hoc
" onus ferendum aptissimum." ("Pongo por testigo con toda
" reverencia a Jesucristo que es la Sabiduría eterna, que yo
" N.N. elijo y nombro para Prepósito General de la Compañía
" de Jesús, al que siento ser el más apto para desempeño de
" tal cargo." En manera que dos cosas jura: una, que "pone
" su nombre como persona eligente; otra, que pone el nom-
" bre del que tiene por más idóneo, como de persona elegida;
" y entonces dará su dicho en scritto. Y esta forma de jura-
" mento tenga cada uno scritto por de fuera en el mismo
" papel de su voto, y la diga en voz alta quando le da a los
" tres deputados. Y el lugar a donde cada uno de aparte y
" delante de todos dará su voto, será la mesa de en medio,
" donde está el Vicario con sus Asistentes." (Const. P. VIII,
cap. VI nº 6, F.).

* * *

Fácilmente se advierte que una elección hecha como lo ordena San Ignacio, tiene que tener las máximas garantías de acierto que pueden exigirse entre los hombres.

Unos electores venidos de las más distintas partes del mundo entero, previamente elegidos por cada Provincia Jesuítica, atendiendo a sus dotes de elevación sobrenatural y rectitud de juicio, después de haber recibido mutuas informaciones con todo detalle y reposo, y recogidos durante una hora, después de haber oído misa todos juntos haber implorado la ilustración del Espíritu Santo, y todos y cada uno, firmando su voto y jurando al darlo que el que nombran para General es el que sienten que es el más apto para desempeñar ese cargo; en lo humano, vuelvo a repetir, que

no se pueden dar mejores seguridades de que se ha hecho una buena elección.

Y como el elegido tiene que ser el que hayan juzgado que es el que mejor posee aquellas notas que San Ignacio exigía para el que ha de ser Prepósito General; se comprende bien, quién tenga que ser ese que es el General de la Compañía: en santidad, en juicio, en capacidad, en prudencia y en cuantas virtudes se pueden desear en un Gobernante.

* * *

Una vez elegido el General por la Compañía, San Ignacio ordenó en las Constituciones, que: "para bien hacer este "oficio; será por vida y no por tiempo determinado la elección suya" [del cargo de General] Const. P. IX. C. I.

Todos los primeros compañeros de San Ignacio fueron de opinión que el cargo de General, fuese "vitalicio y perpetuo", y todos firmaron este sentir.

Vieron los peligros que podría sufrir la Compañía de un cargo de generalicio ejercido por 5 o 6 años, y quisieron evitar los graves daños que de ello pudieran seguirse a la Compañía.

San Ignacio propone con toda su nitidez las razones, porqué en la Compañía debía de ser perpetuo el cargo de General.

"A. Sin las razones que se tocan en esta Constitución "para que sea uno General ad vitam, hay otras. Una, que "se apartarán más lejos los pensamientos y ocasiones de "la ambición, que es la peste de semejantes cargos, que si "a tiempos ciertos se hubiese de elegir.

"Otra, porque es más fácil hallarse uno idóneo para "este cargo que muchos.

"B. Mayor será la autoridad del Prepósito siendo inmutable, que si se elegiese por alguno o algunos años; para "con los de fuera, por ser más conocido de todos y para con "los de la Compañía por lo mismo. Y al contrario, el saber "que ha de dejar el cargo y ser igual o inferior a los otros

"y también ser nuevo en el officio, puede disminuir la
"autoridad.

"G. Cierto es que menos veces se ayuntará toda la Com-
"pañía, siendo el Preósito por vida, pues para la elección
"dél por la mayor parte se ha de ayuntar..." (Const. P. IX,
c.I. Decl. A.B.C.)

* * *

A ese General perpetuo, le entrega la Compañía poder
muchísimo mayor que el que poseen los Generales de las
otras órdenes.

El General es el que nombra ya en adelante los Rectores
y los Provinciales; él es el que puede aceptar o disolver los
Colegios; a él le toca el admitir y el despedir de la Compañía;
en él está toda la autoridad de celebrar cualesquiera
contratos de compra y venta. (Const. P. IX, C. III.)

En mano del General reside el supremo gobierno y de
él desciende todo el poder en la Compañía, quedando en
ella excluido por completo el sistema capitular usado en
las otras religiones.

"Y los Preósitos Provinciales o particulares y Rectores
"y otros Comisarios suyos, dicen las Constituciones, tendrán
"la parte desta autoridad que les fuese comunicada por el
"General." (Const. P. IX c. 3, nº 7). Pudiendo así mesmo qui-
"tarles y alargarles o restriñirles la autoridad y pedirles
"cuenta de su administración; y si al Provincial comunicare
"su autoridad para poner Preósitos locales y Rectores, será
"suyo confirmarlos o quitarlos." (Const. P. IX, c. III, nº 15).

El General "El mesmo conociendo el talento de los que
"están a su obediencia distribuya [lo que puede y suele
"ordinariamente hacer por superiores inferiores] los oficios
"de Predicadores, Lectores, Confesores; y así los demás po-
"niendo a cada uno en aquello que juzgare en el Señor
"nuestro, ser más conveniente para el divino servicio y bien
"de las ánimas." (Const. P. IX, c. III, nº 9).

Todos los cargos, todos los oficios y ministerios y todos
los Colegios y casas, están a la obediencia del P. General.

Es una autoridad tan grande, que como que asusta y oprime al que no sabe que toda ella, como San Ignacio lo ordena en las Constituciones, es autoridad en exclusivo bien de la Compañía.

"Para el buen gobierno de la Compañía, escribe San Ignacio en las Constituciones, se juzga ser muy conveniente que el Preósito General tenga toda la autoridad sobre la Compañía ad aedificationem." (C. P. IX, c. III, nº 1).

Bien claro es, lo que pone S. Ignacio. "Ad aedificationem", esto es, al P. General se le entrega esa plena autoridad, para que la emplee en el mejor cumplimiento de la finalidad de su cargo que es gobernar a la universal Compañía, conservándola y aumentándola. Para otra cosa alguna no tiene la menor autoridad el General. Para el bien de la Compañía tiene toda autoridad el General.

* * *

No se le escapó a la perspicacia de San Ignacio que esas dos notas de poseer toda autoridad y de poseerla de por vida y perpetuamente el General, pudieran originar algunos inconvenientes y pudieran aún degenerar en despotismo y en tiranía.

Bien lejos está de que eso pueda suceder en la Compañía. Porque la prudencia eximia de Ignacio, previno de un modo absolutamente eficaz, el que esos peligros de abuso de autoridad o de mal ejercida autoridad, pudieran existir en el Gobierno de la Compañía.

Por eso el mismo San Ignacio escribió en las Constituciones: "Y para algunos inconvenientes que se podrán seguir, de tener de por vida el tal cargo, se dirá del remedio en el capítulo IV. (Const. P. IX., c. I, Decl. A.)

Citemos algunos de esos remedios.

Primeramente al General, los mismos Padres de la Congregación General que le han elegido para ese cargo, le dan un número de consejeros, llamados Asistentes, a quienes el P. General tiene estrecha obligación de oír en las cosas de importancia, aunque la determinación queda en el Gene-

ral, después que los haya oído. (Const. P. IX, c. VI, n° 11).

Con esta misión de Consultores del General, que tienen los Asistentes, tienen otra transcendentalísima que cumplir, en nombre de toda la Compañía que los deja ante el General, como sus representantes.

En el Capítulo IV de la Parte IX de las Constituciones se trata:

"De la auctoridad o providencia que la Compañía debe haber cerca del Prepósito General."

Esta autoridad y providencia de la Compañía acerca del P. General, "la exercitará por los Asistentes", declara San Ignacio en las Constituciones. Letra A.

Y especifica San Ignacio, con todo detalle, los puntos sobre los cuales los Asistentes en nombre de toda la Compañía deben de tener providencia acerca del Prepósito General.

"La primera quanto a las cosas externas de los vestidos, comer y gastos cualesquiera tocantes a la persona del Prepósito: donde podrá alargar o restringir; según juzgare ser decente al Prepósito y Compañía y a más servicio de Dios; y el Prepósito se debrá contentar con ello."

"La 2ª acerca del tratamiento de su cuerpo, para que no se exceda en trabajos o rigor demasiado, y el Superior se dexará moderar y se quietará con lo que la Compañía ordenare."

"La 3ª acerca de su ánima, por alguna necesidad que podría dello haber, aún en varones perfectos, quanto a su persona o a su officio."

Ese Padre que tiene el cargo de avisar de sus faltas al General, se llama "admonitor" y recibe su nombramiento de la Congregación General.

"La 4ª es que si se le hiciese instancia, aunque no obligándole a pecado, para tomar alguna dignidad, con la qual es necessario dexar el cargo no puede sin consentimiento de la Compañía accettarle."

"La 5ª en caso que fuesse muy descuidado o remisso en las cosas importantes de su officio, por enfermedad o

"vejez grande sin que haya esperanza de mejoría en esto
 "y que padece notablemente el bien común, eligirase un
 "Coadjutor o Vicario que haga el officio de General..."

"La 6ª en algunos casos (que se spera en la Divina
 "Bondad por su gracia nunca se verán) como es de peccados
 "mortales actuales... la Compañía puede y debe deponerle
 "de su officio, constando del caso muy sufficientemente, y
 "si es menester apartarle de la Compañía; en todo haciendo
 "lo que se juzgare a mayor gloria divina y bien universal
 "de la Compañía." (Const. P. IX, c. IV, nº 1-7).

"Quando interviniesse alguno de los peccados (lo que
 "Dios no permita) que bastan para deponer del officio de
 "Prepósito", los Asistentes están obligados con juramento
 a llamar a la Compañía a Congregación General... Y el
 P. General debe de comparecer ante ellos, dar cuenta de
 sí; y examinada su causa si se descubriera culpa, según su
 gravedad puede ser castigado o depuesto de su cargo o aun
 expulsado de la Compañía; y en este caso los Padres Congregados "si es possible, no salgan de allí (hasta) que la
 "Compañía no tenga Prepósito General." (C. P. IX, c. V,
 "Nos. 4-5.)

* * *

Además de esta providencia que tiene la Compañía acerca del General todavía se añadió otra nueva.

En las Constituciones se prescribe que "de las Provincias deben venir, a lo menos uno de cada una cada tres años y de las Indias cada cuatro, escogidos a votos de los Professos y Rectores de la Provincia, para informar al General de muchas cosas." (P. VIII, c. 2-1, B.).

Al tratarse de este punto en la Congregación General, segunda, se determinó que estos Padres enviados por las Provincias, en cuanto se reuniesen en Congregación con los Asistentes y el General, lo primero que tratasen debía de ser si era o no necesario que se convocase la Congregación General. (Decreto 19. Inst. S. I. II. 199.)

Si determinasen que debe congregarse la Congregación General, ésta es la que tiene plena jurisdicción sobre toda la Compañía y sobre el mismo P. General, como sobre cualquier otro hijo de la Compañía.

Con esto se advierte, que cada tres años, existe un medio, la Congregación de los Padres Procuradores, enviados por las Provincias, que vigila la conducta del General, y que automáticamente si lo juzgara necesario, puede convocar a la Compañía a Congregación General.

* * *

Puede también el Padre General convocar él, cuando lo juzgue conveniente la Congregación General.

Pero una vez congregada ésta, es ella ya superior al mismo General; pues el General no puede en lo más mínimo coartar ni disminuir el poder de la Congregación General; ni puede disolver él sólo la Congregación que él sólo convocó.

Toda la jurisdicción del General, depende de la Compañía representada en la Congregación General; y no lo contrario, a saber, que el poder de la Congregación General, en nada depende del Padre General, una vez ya legítimamente constituida.

Esta jurisdicción de la Congregación General, es una jurisdicción "ordinaria", en cuanto se "contradistingue ordinaria a delegada".

Nadie delega ese poder a la Compañía, constituida en Congregación General; pues lo tiene ella misma, de "sí misma". Ese poder de la Congregación General, sobre el P. General, nace de la esencia misma del Instituto de la Compañía, tan reiteradamente aprobado y confirmado por los Vicarios de Jesucristo, los Sumos Pontífices.

Pero ese poder no delegado, sino ordinario en las Congregaciones Generales, puede llamarse poder "extraordinario"; en el sentido que no es él el régimen que ordinariamente gobierna a la Compañía.

Solamente en casos determinados existe la Congregación General. Cuando existe, entonces sí tiene ella jurisdicción general en toda la Compañía; pero eso sucede en casos no ordinarios, sino extraordinarios.

En la vida ordinaria de la Compañía, la Suprema jurisdicción de la Compañía reside en el General.

Suprema jurisdicción, que "no es delegada", sino jurisdicción "ordinaria".

Una vez elegido el General, por razón de su mismo oficio, y por razón de la fuerza de la ley en la Compañía, en él reside toda la jurisdicción y del General dimana todo el influjo que gobierna y rige a toda la Compañía.

La Compañía congregada en Congregación General, al elegir al General, le ha entregado toda la jurisdicción ordinaria sobre la universal Compañía, para el gobierno de la misma, según las Constituciones. ("Suárez": De Religione S. J., L. 10, n° 5, 10.)

* * *

Por otra parte el P. General no tiene la menor autoridad, para legislar en la Compañía.

Todo el poder legislativo radica en la Congregación General. Toda la autoridad del General, que es grandísima, está ordenada a que gobierne "con esas leyes" que le son entregadas por la Compañía, en las Constituciones y en los decretos de las Congregaciones Generales.

"Dentro de esas leyes", el poder del P. General es absoluto. "Fuera de esas leyes", el poder del P. General es nulo.

Es decir que el P. General, es el mayor súbdito de toda la Compañía. Por la inmensa gracia de Dios, no se ha necesitado en todo el curso de la historia cuatro veces secular de la Compañía, el tomar medidas contra el abuso del ejercicio de su autoridad del P. General.

Cosa que nos debe parecer lo más natural que así haya sido; pues en lo humano, no se pueden encontrar mejores garantías del perfecto cumplimiento del deber, que en las

dotes que se exigen en las Constituciones al que ha de ser elegido para General de la Compañía.

* * *

Todos en la Compañía, sin distinción alguna, lo mismo el General de ella, que cualquiera de sus miembros, están sujetos a las Constituciones de la Compañía.

Ellas son la regla única, que encauza, dirige y gobierna a cuantos son hijos de la Compañía.

Pero aquí, hay que hacer pausa y hay que reflexionar detenidamente sobre un punto que es esencialísimo, en esa única norma de vida, que dirige y regula a todos, en la Compañía.

Y ese punto de consideración es, que las Constituciones que rigen la vida de los Estados, obligan a todos los súbditos de esos Estados, pero, no porque ellos "uno a uno", hayan elegido el ordenar y regular su vida social, con las normas legales de las Constituciones vigentes.

Lo ordinario es, que los que van naciendo, se encuentren sin ellos saberlo, ni ellos pretenderlo, sometidos a la guarda de unos preceptos constitucionales, en los que ellos ninguna parte han tenido, y no los han elegido.

Les podrá gustar la Constitución que rige la vida del Estado en que nacieron; pero podrá también no serles de su agrado en todo o en parte.

Les guste o no les guste, ello no hace al caso. Nacieron súbditos de ese Estado y quieras que no, están sujetos a la guarda de sus leyes básicas expresadas en su Constitución.

Pero en la Compañía, nada de eso puede suceder, pues es una Sociedad a la que se entra a pertenecer, por expresa y libérrima elección, del que en ella ingresa.

Por eso mismo que cada uno de los que ingresa en la Compañía lo ha hecho libérrimamente, se sigue que libérrimamente ha elegido la norma de vida, para acomodar a ella todas sus actividades.

El nacer en los Estados, no es de libre elección; el ingresar en la Compañía es de voluntaria y personal elección.

Más aún, antes de hacer los primeros votos en la Compañía, han precedido dos años de noviciado, no sólo para que la Compañía conozca si el candidato reúne todas las condiciones requeridas sino también para que el candidato conozca a la Compañía y reflexione tranquilamente sobre si ese modo de vida es el que mejor le cuadra a su vocación.

Tiempo sobrado ha tenido el candidato para conocer si es apto para él, el género de vida que es propio de la Compañía.

Primeramente, porque durante dos años lo ha puesto en práctica en su vida diaria, con toda la rígida severidad — aunque paternal siempre, — de la vida de noviciado, que es esencialmente vida destinada a probar. El novicio pues, sabe por experiencia la vida que abraza.

Y en segundo lugar, porque durante esos dos años, se le ha ido explicando al candidato el contenido de las Constituciones de la Compañía, clara y terminantemente, en toda su más pura exactitud y rigidez.

Después de esta mutua prueba que se hace durante el noviciado, tanto la Compañía de su candidato, como éste de la Compañía; si ambos están mutuamente satisfechos, es admitido el novicio a la emisión de los votos simples, y ya con ellos queda religioso de la Compañía, pero todavía en fase de formación.

Los votos emitidos por el nuevo religioso de la Compañía son perpetuos de parte suya, y los emite con una cláusula especial, a saber, que hace los votos de pobreza, castidad y de obediencia en la Compañía de Jesús, con promesa de entrar en ella y de vivir en ella, entendiendo todo según las Constituciones de la misma Compañía.

Durante unos 16 años más, por dos veces cada año, va renovando esos votos y esa decisión de entender todo lo referente a su vida religiosa, según está establecido en las Constituciones de la Compañía.

Así se llega a una edad, en que ordinariamente se rebasan los 33 años de vida.

Si la Compañía ha juzgado que el religioso que hizo de su parte votos perpétuos, es ya apto en doctrina y en virtud, le admite definitivamente, también por parte de ella a la incorporación a la Compañía.

A esa edad de la plenitud de las facultades del hombre, con la práctica de más de tres lustros de la vida religiosa que se lleva en la Compañía, se puede comprender perfectamente, que nada puede desearse de más consciente y de más reposado en orden a abrazarse definitivamente con un género de vida.

Y la esencia de todo él, radica en que ese género de vida se ha de llevar entendiendo todo lo concerniente a ella, según se entiende y se contiene en las Constituciones de la Compañía.

Así que el modo de gobernar que es peculiar de la Compañía, ha sido, no aceptado solamente, eso puede darse en la aceptación que un súbdito de cualquier Estado haga de la Constitución del mismo, que aunque no la aceptase de buena gana, lo mismo tendría que cumplirla; sino que ese modo de gobierno, ha sido espontánea y libremente escogido y elegido, y ello después de la deliberación más reposada, y con las máximas garantías de acierto que puede darse en este mundo.

Por eso, el que es de la Compañía, eligió con la mayor deliberación, su peculiar modo de ser y gobierno, para vivir según él toda su vida.

Y para todo hijo de la Compañía, la autoridad suprema y perpetua del P. General, es la mayor y mejor garantía de que nada se podrá mudar de aquellas reglas de vida que él abrazó; puesto que el único oficio de ese General es, el gobernar a toda la universal Compañía, sin apartarse lo más mínimo de las Constituciones, ni quitando ni añadiendo nada a las mismas.

Esa libérrima elección que el hijo de la Compañía hizo al ingresar en ella; y esa seguridad plena de que nada es posible que en ella se mude, merced a la autoridad del

Padre General, hace que éste sea considerado, no como puede creer el irreflexivo, como un jerarca que ejerce en los súbditos su omnímodo poder, sino como un Padre vigilantísimo de que nada pueda modificar ni perturbar la vida, que por vocación divina y libre elección, determinaron abrazar los que entraron en la Compañía.

Sublime armonía de estas dos notas, autoridad y paternidad. Eso es el General en la Compañía, la suma Autoridad con la suma Paternidad.

Por eso, no es obedecido como se puede obedecer en el ejército o en una oficina; sino como los hijos obedientes obedecen las órdenes que reciben de su padre, a quien de todo corazón quieren y de quien saben que no desea en cuanto ordena, sino el mayor bien de sus hijos.

Y todavía hay que añadir una nota especialísima a la autoridad del P. General y a la obediencia en la Compañía.

Los hijos de la Compañía no ven en el General solamente a un hombre prudente, recto, de gran inteligencia y comprensión de los asuntos y de no vulgar unión con Dios; sino que ven en él, lo que es lo básico en la obediencia religiosa, a saber, al representante que Dios ha puesto por vicario suyo en el gobierno de la Compañía.

Esta nota, fundamentalmente integrante en la vida religiosa, y genuinamente ignaciana, da a la obediencia en la Compañía, un aire particular de dignidad y de nobleza, de fidelidad y de heroísmo.

Ser obediente en la Compañía, no es ser obediente a hombre alguno, por cualidades excelsas que ese hombre posea, ni por recompensas ni utilidades algunas humanas, por grandes que ellas fueren; sino ser obediente en la Compañía, es ser obediente a Dios, el Padre, el Dueño y el Señor absoluto.

* * *

Acabamos de ver, que el vivir según las Constituciones de la Compañía, y con ese gobierno peculiar de la misma,

es de libérrima elección de los que eligen, según su vocación, vivir en la Compañía de Jesús.

En esa vida se vive, porque se quiere vivirla. Y además, porque se tiene el pleno dominio para poderla vivir así como se la quiere.

En una palabra, todo suena a plenitud de libertad, y a plenitud del dominio entero que de sí tiene la propia personalidad.

II

Y esta nuestra afirmación es tanto más exacta cuanto que las Constituciones de la Compañía y el Gobierno por ellas establecido contra lo que espíritus superficiales e incapaces de perfección pudieran creer, es el fruto más precioso de la humana libertad.

Es verdaderamente curioso el observar que todos los actos esenciales en la formación de la Compañía, se llevaron a cabo, no por imposición de Ignacio, sino por deliberación y votación de todos los compañeros de Ignacio.

En esto he notado que no se repara lo bastante, siendo así que los hechos todos son evidentes.

El 15 de Agosto de 1534, Ignacio, con los seis compañeros que se le unieron, estudiantes todos en la Universidad de París, Fabro, Francisco Javier, Láinez, Bobadilla, Salmerón y Rodríguez, hicieron en la capilla de Montmartre un voto que contenía estas tres cosas: voto de pobreza, voto de castidad y voto de ir a peregrinar a Jerusalén para dedicarse allí a la salvación de las almas.

Este último voto lo hicieron condicionado, es a saber, de que si después de esperar un año embarcación en Venecia no la encontrasen para trasladarse a Tierra Santa, irían todos a Roma para ofrecerse al Sumo Pontífice y ponerse bajo su

obediencia, para que él los enviase a trabajar por la gloria de Dios y salvación de las almas como mejor le pareciese.

En 1356, a los 6 primeros compañeros de Ignacio se añadieron en París otros tres más: Jayo, Broet y Coduri.

Ignacio con estos sus nueve compañeros esperó en Venecia la embarcación para ir a Jerusalén.

Pero aquel año de 1537, por la guerra que Venecia tenía con los turcos, fué el único año que desde tiempos atrás no partió navío de Venecia para Tierra Santa. En vista de esta imposibilidad de cumplir con la primera parte del voto de Montmartre, determinaron cumplir con la segunda parte condicionada del voto, y así ir a Roma para ponerse a las órdenes del Sumo Pontífice.

Esta fué al ocasión que en el plan de Dios estaba determinada para el nacimiento de la Compañía de Jesús.

En ese año de 1538 en que todos los compañeros se reunieron con Ignacio en Roma, nos ice Polanco el fidelísimo secretario de Ignacio años después y hasta el fin de su vida, que: "Cuando en el año 1538 volvieron a reunirse en Roma, todavía no habían concebido el pensamiento de fundar una permanente asociación u orden". (Polanco, Vida de Ignacio de Loyola.)

"Los primeros que nuestro P. Ignacio juntó consigo en París, y él mismo, se dirigieron a Italia, no para fundar una orden religiosa, sino para peregrinar a Jerusalén, con el fin de predicar a los infieles y acabar allí su vida. Pero no les fué posible llegar a Jerusalén, por lo cual hubieron de quedarse en Italia; y luego cuando el Papa quiso emplearlos para el servicio de Dios y de la Sede Apostólica, pensaron formar una corporación".

Coduri que hizo de Secretario en esas deliberaciones que comenzaron a mediados de la Cuaresma de 1539 y terminaron el 24 de Junio, víspera de Corpus Christi del mismo año, nos ha dejado el documento auténtico de lo que Ignacio

con sus compañeros pensaron sobre la formación de lo que Dios tenía destinado a ser la Compañía de Jesús.

Lo que fué centro y núcleo de esas deliberaciones, lo dejó así consignado Coduri por estas líneas: "Ya que el Papa
" desea enviarnos a diversas partes del mundo y natural-
" mente nos habremos de esparcir por varias regiones para
" trabajar en la viña del Señor, ¿hemos de conservar la
" unión que ahora tenemos, formando un cuerpo religioso?"

La respuesta y solución a esta pregunta no vino por imposición de autoridad, sino por libre elección de todos.

Continúa así "Coduri": "Resolvimos que pues el cle-
" mentísimo y piadosísimo Dios nos había reunido y congre-
" gado siendo nosotros hombres débiles y tan distintos en
" patria y en costumbres, no debíamos romper, sino confir-
" mar y robustecer esta unión hecha por Dios." (Const. S. J.
" ed. P. de la Torre. Appendix prima).

Láínez nos refiere esta decisión de formar una Compañía, con estas palabras: "nos dimos a la oración y después nos juntamos para considerar por partes el punto de nuestra vocación, proponiendo cada cual lo que le parecía conveniente decir en pro o en contra.

Y en primer lugar se acordó unánimemente, que formaríamos una compañía, la cual fuese duradera y no acabase con nuestras personas".

* * *

Una vez que determinaron todos los compañeros con Ignacio, formar un cuerpo religioso, se les planteó la cuestión, de si además de los votos de pobreza y de castidad que ya habían hecho todos en París, harían también ahora un voto de obediencia, eligiendo un superior entre ellos, para estar sujetos a él, como representante de Dios.

Para ver si habían de vivir en obediencia, por medio de voto, instaron intensísimamente en la oración, acompañada de austerísimas penitencias; deliberaron y pesaron los pros y contras durante varios días, y después de todo esto,

escribe Coduri: "con el favor de Dios, resolvimos, no por pluralidad de votos, sino con entera unanimidad, que nos era más conveniente y necesario vivir en obediencia."

Aquí se vé, cómo la vida de obediencia en la Compañía, arranca de una "deliberación de todos los compañeros con Ignacio", y "de una decisión tomada por todos con absoluta unanimidad."

Es decir, que la vida de obediencia en el mismo nacer de la Compañía, es fruto de la más serena y tranquila "libre" decisión de "todos" los compañeros con Ignacio.

Y ellos mismos con Ignacio, resolvieron la víspera del Corpus Christi, 24 de Junio de 1539, que se eligiese un General, que gobernara la Compañía y que su cargo fuese a perpetuidad.

* * *

Estas deliberaciones de Ignacio con sus compañeros sobre si habrían de vivir formando un cuerpo, y si harían voto de obediencia, duraron de la Cuaresma de 1539 al 24 de Junio del mismo año.

A continuación de ellas, se empezaron a dar los pasos necesarios para que el Papa confirmase el nuevo instituto planeado por Ignacio y sus compañeros.

Ignacio, por encargo de sus compañeros, fué el que "redactó" en cinco capítulos lo esencial del género de vida religiosa, que presentaron a la aprobación de Paulo III.

Este, el 3 de Setiembre de 1539, aprobó de palabra complacidísimo el sumario del Instituto de la Compañía, compuesto por Ignacio.

Un año más tarde, el 27 de Setiembre de 1540, salió la primera Bula —"Regimini militantis Ecclesiae", dirigida a Ignacio y a sus nueve compañeros, en la que se aprobaba la Compañía, añadiendo Paulo III, que en la fórmula presentada por Ignacio, nada hay que no sea pío y santo, y que aprueba, confirma y bendice y corrobora para siempre lo en ella contenido y que toma a la Compañía bajo la protección de la Sede Apostólica.

Y en esa Bula se les permite que compongan Constituciones detallando más en particular el especial género de vida del nuevo Instituto religioso.

* * *

Es de notar, que en esa fórmula del Instituto de la Compañía presentada a Paulo III y aprobada por él con tanto encomio, puso expresamente Ignacio lo siguiente, referente al General de la Compañía.

"En mano del Preósito o prelado que nosotros eligiéramos, estará el señalar a cada uno su grado, y el distribuir los oficios que deben ejercitar para que se guarde el concierto necesario en toda comunidad bien ordenada. Este Preósito tendrá autoridad de escribir constituciones conducentes para la consecución del fin que nos hemos propuesto, sirviéndose para ello del consejo de sus compañeros "y decidiéndose cada cosa a pluralidad de votos". Entiéndase que este consejo lo han de formar en las cosas más graves y perpetuas la mayor parte de toda la Compañía que el Preósito podrá cómodamente convocar, y en las menos y transitorias, todos aquellos Padres que se hallaren presentes en el sitio donde residiere el Preósito General. La potestad de mandar estará toda en manos del Preósito." (Institutum S. J., T. I, p. 4.).

La mente de San Ignacio es bien clara y terminante. El que fuera Preósito General deberá ser elegido por sus compañeros. Ese Preósito redactará las Constituciones por las que deberá regirse la Compañía, pero atenderá a los consejos de sus compañeros, y lo que es más, es del todo necesaria la pluralidad de votos, para la decisión de cada cosa en particular.

Esto es, Ignacio y sus compañeros, quieren que todo lo que se haga en la Constitución del nuevo instituto religioso, "sea fruto de la libérrima deliberación de todos", "expresada en forma de votación".

* * *

Después que Paulo III aprobó la Compañía, por la Bula "Regimini militantis Ecclesiae", llamó San Ignacio a todos sus compañeros para que se presentasen en Roma, con el fin de elegir de entre ellos al Superior que les debía de gobernar, y que si no pudiesen acudir por las ocupaciones de sus ministerios, enviasen sus votos por escrito.

Es cosa muy de notar que hasta entonces tomaron todos entre sí la resolución de que por semanas fuese cada uno Superior de su compañero de grupo y cuando todos estuvieron en Roma turnaban en el mando de mes en mes.

Fué cosa característica de Ignacio el no querer imponer su voluntad a los demás.

Con todo los compañeros, escribe uno de ellos, el P. Simón Rodríguez —De origine et progressu S. J.— tuvieron siempre a Ignacio como a su padre y todos le siguieron como a su guía.

Y así tenía que ser, pues todos sabían que por Ignacio estaban todos reunidos, antes que en cuerpo externo, en unión de ideales, de espíritu y de celo; por aquellos ejercicios espirituales de Ignacio, que a todos les infundió un alma de vida nueva.

Todos veían quién era Ignacio y todos eran como niños pequeños ante él.

San Ignacio, contra todo eso que le constituía en indiscutible superioridad, quiso, como lo escribió en la fórmula presentada a Paulo III, que "el General se designase por elección". ¡Maravillosa dignidad del proceder de Ignacio!

* * *

En Abril del 1541 se reunieron en Roma, con Ignacio, cinco de los compañeros, pues los otros estaban cumpliendo las tareas que les había distribuido Paulo III, el Pontífice reinante.

Después de tres días de oración, dejaron todos sus votos en una urna, donde quedaron otros tres días sin abrirse.

"Pasados los tres días, todos seis juntados, escribe el mismo Ignacio, abriendo todas las cédulas una tras otra,

" "nemine discrepante", vinieron todas las voces sobre Iñigo, dempto [excepto] Mro. Bobadilla (que por estar en Visiñaño, a la hora de su partida para Roma le fué mandado por el Papa se detuviese más en aquella ciudad, por el fruto que allí hacía) no invió su voz a ninguno."

"Iñigo, (continúa escribiendo el mismo Ignacio), hizo una plática, según que en su ánimo sentía (afirmando hallar en sí más querer y más voluntad para ser gobernado que para gobernar) que él no se hallaba con suficiencia para regir a sí mismo, cuanto menos para regir a otros, a lo cual atento y a sus muchos y malos hábitos pasados y presentes, con muchos pecados, faltas y miserias, él se declaraba y se declaró, de no acetar tal asunto, ni tomaría jamás, si él no conociese más claridad en la cosa que entonces conocía; mas que él les rogaba y pedía mucho, "In Domino", que con mayor diligencia mirasen por tres o cuatro días encomendándose a Dios nuestro Señor; ítem, para hallar quien mejor y a mayor utilidad de todos pudiese tomar el tal asunto: tandem [por fin] aunque no con asaz voluntad de los compañeros, fué así concluído."

"Pasados cuatro días, siendo todos juntos, tornaron a dar las mismas voces que primero, "nemine discrepante."

Volvió a insistir San Ignacio en no querer admitir aquella carga del Generalato, diciendo que todo lo pondría en manos de su confesor con quien: "el se confesaría con él generalmente desde el día en que supo pecar hasta la hora presente. Asimismo le daría parte y le descubriría todas sus enfermedades y miserias corporales y que después de que el confesor le mandase en lugar de Cristo nuestro Señor, o en su nombre le diese su parecer, atento toda su vida pasada y presente, si acetaría o refutaría el tal cargo, haciéndole primero oblación que de la sentencia de su confesor un punto no se apartaría."

El confesor de Ignacio, "que era el P. Teodosio, fraile de Santo Pero de Montoro", dió al tercer día su dictamen en

cédula escrita y sellada "cuya resolución era que Iñigo tomase el asunto y régimen de la Compañía."

Como se vé, el cargo de General lo tomó Ignacio, por expresa voluntad de sus compañeros manifestada en reiterada votación.

Esto es, que el cargo de General en Ignacio, fué objeto de la libre elección de sus compañeros.

Es de sumo interés el voto escrito de Coduri que se conserva de esta elección. Dice así: "Le elijo [a Ignacio] porque siempre he advertido en El, el más ardiente celo, de la honra de Dios y la salud de las almas; y así mismo, porque siempre se ha tratado entre nosotros, como el menor de todos y el servidor de todos."

* * *

Ya por Marzo de 1540, habían visto los compañeros de Ignacio que el determinar en todo detalle el género de vida que habían de llevar, reuniéndose todos para deliberar juntos y resolverlo por votación, no les iba a ser posible, porque tenían que separarse para ir cada uno al campo que Dios les señalaba, por medio de su Vicario en la tierra.

Y reunidos los seis que estaban en Roma, a saber: Ignacio, Javier, Rodríguez, Jayo, Salmerón y Rodríguez, determinaron que tuviesen el encargo de detallar el género de vida que habían de seguir en la Compañía, aquellos de ellos que se encontrasen en Roma, y que los ausentes se conformaban con lo hecho por sus compañeros.

Un año más tarde, 4 de Marzo de 1541, con ocasión de reunirse en Roma para la designación de General, designaron los seis que estaban en Roma, a dos de ellos, para que estudiasen y redactasen las Constituciones que habían de ser la norma de vida de la Compañía. Los dos elegidos fueron "Ignacio y Coduri".

Pocos meses después, el 29 de Agosto del mismo año 1541, moría el Padre Coduri.

Así que quedó solo Ignacio, encargado de la redacción de las Constituciones.

Pero nótese bien. Quedó Ignacio, porque sus compañeros fueron los que le eligieron para tan arduo trabajo.

No es que Ignacio, él mismo, valiéndose de que él era el alma de todo aquel naciente Instituto religioso, él se impusiese a los demás y les señalase una norma de vida; no.

Podía muy bien haber sido así; y ello nos parecería lo más natural y lógico; pero de hecho no fué así.

San Ignacio se puso al estudio y a la redacción de las Constituciones de la Compañía, por expresa designación de sus compañeros.

Y ahora entra de lleno Ignacio, a cumplir con el encargo que recibió de sus compañeros.

De 1541 a 1547, durante seis años seguidos y enteros, se dedica al estudio de la norma de vida que iba a ser la que se estableciese en las Constituciones.

* * *

San Ignacio, era en el plan de Dios, aquel que herido en Pamplona, convertido en Loyola, peregrino en Aránzazu, y en Monserrat, penitente en Manresa, romero en Jerusalén y en Roma, estudiante en Barcelona, Alcalá, Salamanca y París, que estaba destinado por la Divina Providencia para que fuera el fundador de un nuevo instituto religioso en su Iglesia.

Ignacio fué, el que con las luces sobrenaturales de Dios, y su agudísima introspección psicológica, escribió los Ejercicios espirituales, que no eran otra cosa, que aquellas vivencias íntimas suyas, que pensó que anotadas, también podían hacer bien a otras almas.

Con esos Ejercicios, Ignacio inspiró a sus compañeros el género de vida que con él habían emprendido.

Y esos Ejercicios iban a ser el alma y la vida del cuerpo reglamentario de las Constituciones de la Compañía.

Hombre prudente, Ignacio, (si alguno había existido en el mundo), no dejó de consultar a quienes de sus compañeros y en especial al insigne Láinez, y al joven P. Polanco, le

podían dar luces en los puntos que estudiaba, de las Constituciones.

Pero, cosa que nos revela por entero el carácter de Ignacio, durante este tiempo de estudio y, de redacción de las Constituciones, así, como se ayudó de los consejos, no consintió que hubiese deliberaciones.

El era el designado por sus compañeros, y sólo él, para estudiar y redactar las Constituciones.

Y él más que estudiarlas, lo que hizo fué orar y pedir a Dios para que la Compañía fuese lo que Dios quería que fuese.

El Padre González de Cámara nos dice en su memorial que, "el Padre (Ignacio) dice que nunca se atreve a hacer "ninguna cosa de momento, aunque tenga todas las razones, sin hacer recurso a Dios" 21 de Febrero de 1555.

Se entiende que si éste era el proceder ordinario de Ignacio en cualquier cosa de algún momento, cuál sería el recurso que haría a Dios, cuando estudiaba y redactaba las Constituciones de la Compañía, que es la obra de su vida entera.

Y eso es lo que nos da la Historia con los documentos preciosos, que podemos conocer de ese tiempo de la vida de Ignacio.

"El modo que guardaba (San Ignacio) cuando hacía las "Constituciones —(nos dice el Padre González de Cámara)— "era decir cada día misa y representar el punto que trabaja "a Dios, y hacer oración sobre él y siempre decía la misa "y oración con lágrimas." (Autob. c. VIII).

Solamente para resolver el punto referente a la pobreza de las Casas profesas, vemos que le ocupó a Ignacio cuarenta días de oración y de comunicaciones subidísimas con Dios nuestro Señor. (Const. S. J. Lat. et. hisp. p. 349).

Eso lo sabemos con toda certeza histórica por los papeles encontrados por gracia de Dios, que quedaron sin que Ignacio los entregase al fuego.

Pero tenemos además, una expresa declaración hecha por San Ignacio al P. González de Cámara, cuando el 20 de Octubre de 1555, preguntó a Ignacio, cómo había hecho los Ejercicios y las Constituciones.

"Me dijo que de las Constituciones me hablaría a la noche". Le llamó San Ignacio al Padre González Cámara antes de cenar y le fué declarando algo sobre el trato que tenía con Dios y continuó así en el relato de Cámara.

"Cuando decía misa, tenía también muchas visiones y "que cuando hacía las Constituciones, las tenía también "muy continuamente y que ahora lo puede afirmar más "fácilmente, porque cada día escribía aquello que pasaba "por su alma, y lo hallaba ahora escrito y así me mostró "un haz asaz grande de escrituras, de las cuales me leyó "buena parte, y lo más eran visiones que él veía en confir- "mación de algunas de las Constituciones, viendo a veces "a Dios Padre, y a veces toda la Santísima Trinidad, "sci- "licet" (a saber) todas las tres divinas Personas y a veces "Nuestra Señora, que intercedía y a veces confirmaba."

En éste y en otros pasajes del memorial del P. González de Cámara y de Polanco, aparece claro que San Ignacio mientras preparaba las Constituciones, tenía especiales ilustraciones divinas.

Sea que San Ignacio tuviese especiales revelaciones sobrenaturales estrictamente tales, o las inspiraciones que Dios da e infunde en su providencia ordinaria a las almas santas; lo cierto es que los Padres que más conocieron a San Ignacio, como Javier, Láinez, Cámara, Nadal, Polanco y Ribadeneira, no dudaban que durante la composición de las Constituciones, gozó Ignacio de esta especial ayuda de Dios.

Así se comprende que San Ignacio, que era en lo humano el más completo modelo de prudencia y de consejo, que además no dejaba de preguntar sus dudas en materia de las Constituciones a aquellos sus compañeros en especial Láinez y Polanco, modelos también de ciencia y de pruden-

cia, y que, sobre todo ésto, tenía luces especialísimas de Dios en lo tocante a los puntos básicos de las Constituciones; tuviese una firmeza serena en sostener lo que en ellas se prescribió.

Dice Polanco: "esta seguridad tan inmovible suele tener" el P. Maestro Ignacio en las cosas que tiene por vía superior a la nuestra y así en las tales no se rinde a razones "ningunas." (Polanco: Sumario de la vida del P. Ignacio, "p. 73).

* * *

Después de haber preparado durante seis años, de 1541 a 1547, el material para las Constituciones, dedicó S. Ignacio tres años a su redacción.

La primera redacción de las Constituciones, la terminó Ignacio en 1550.

Pues bien, Ignacio, el encargado por sus compañeros de redactar las Constituciones y que si cierto se procuró los mejores consejeros, en ningún modo consintió deliberaciones y votaciones mientras las redactaba; Ignacio el del juicio sereno y el de la prudencia exquisita y el de las ilustraciones especiales de Dios, ese Ignacio, en cuanto tuvo la primera redacción de las Constituciones terminada, se apresuró a llamar a los primeros compañeros suyos, que podían acudir a Roma, para que examinasen su obra y le diesen libremente su parecer, por si les ocurría algo, dice expresamente Polanco, que les pareciese que debía de añadirse, quitarse o mudarse. (Polanco, Hist. S. J. II, p. 14).

Para mí, este rasgo de Ignacio, raya en lo más sublime que puede darse del respeto a la voluntad y parecer de sus compañeros.

Dice "Polanco" que los compañeros de Ignacio quedaron admirados de la prudencia y sabiduría de Ignacio que derrochó en las Constituciones; y que en lo substancial de ellas, nada absolutamente tuvieron que notar; y tan sólo hicieron algunas advertencias en cosas no esenciales al Instituto.

Tomó buena nota San Ignacio de las observaciones hechas por sus compañeros y dedicó otros dos años más, de 1550 a 1552, a una nueva redacción de las Constituciones, aclarando y precisando lo menos claro y preciso e incluyendo en ellas las nuevas correcciones y añadiéndolas oportunas declaraciones.

* * *

¿Quién no pensaría que esas Constituciones así maduras y tan ajustadamente redactadas y detenidamente revisadas por sus compañeros, Ignacio el General de la Compañía de Jesús, y el fundador de ella, no había de darles ya definitivamente fuerza de ley para toda la Compañía?

Parece que no se podían pedir más garantías en orden humano, para cualquiera promulgación de la ley.

Pues no fué así.

Y en ello campea típicamente lo que era el espíritu de Ignacio, en orden a no hacer jamás uso de prepotencia ni de imposiciones algunas. Y menos en la Compañía.

San Ignacio mandó al Padre Nadal que promulgase en Europa, y al Padre Antonio de Cuadros en la India, las Constituciones de la Compañía.

Pero hizo notar bien expresamente, que esa promulgación no tenía fuerza de ley.

Quiso San Ignacio, que las Constituciones se pusiesen en práctica, para ver de ese modo si había algo que modificar en ellas.

Como era natural, fueron en la práctica, surgiendo dudas y haciéndose observaciones, que Ignacio fué anotando en los cuatro años que le quedaban de vida; y con ellas dejó la última redacción suya de las Constituciones.

* * *

A las Constituciones de la Compañía, no quiso Ignacio por sí mismo, darles fuerza de ley. Reservó Ignacio para la Compañía ese derecho.

El quiso expresamente que las Constituciones, tuvieran

fuerza de ley, por la misma Compañía, congregada en Congregación General.

Y así sucedió.

Murió San Ignacio, sin que las Constituciones tuvieran fuerza de ley.

Esta prerrogativa la alcanzaron las Constituciones, por los decretos 15 y 16 de la primera Congregación General, que se abrió el 19 de Junio de 1558, y en la que se eligió al P. Láinez, para suceder a San Ignacio en el cargo de General de la Compañía.

* * *

Analizando estos hechos, queda uno pasmado al ver, el respeto grandísimo que tuvo siempre San Ignacio a la voluntad de la Compañía, representada primero en sus compañeros y más tarde por la Congregación General.

De hecho, todo cuanto existe en la Compañía, nos ha venido por la libre determinación de ella misma.

No creo que pueda presentarse caso semejante en la Historia. Es el respeto más grande a la dignidad de la libertad humana.

Y es el uso colectivo más perfecto que se ha podido hacer del ejercicio de la humana voluntad.

Así nació la Compañía, como fruto de las determinaciones libérrimas, de quienes en ella intervinieron.

Y así continúa la Compañía existiendo, como fruto también de las libérrimas determinaciones de los que a ella se incorporan, llamados por Dios.

* * *

Y la finalidad del cargo del General no es otra cosa que el gobernar a la Compañía con esas Constituciones, que son fruto de la santidad y de la prudencia extraordinaria de Ignacio, pero que toda su fuerza de ley la derivan del libre querer de la Compañía por su primera Congregación General, y que ejercen su imperio en sólo aquéllos que han ansiado pertenecer a ella y que libremente han elegido a esas

Constituciones como la norma completa que regule toda su vida.

La Compañía nació, no solamente para atender a la salvación y perfección de las almas de aquellos que ingresan en ella, sino para procurar intensamente la salvación y la perfección de las almas de los prójimos.

Esa es la finalidad esencial en la Compañía de Jesús.

Dios nuestro Señor, en los designios de su divina Providencia, ha ido llamando con sus inspiraciones a tantas y tantas almas de toda condición y de toda patria, para que ingresen en la Compañía de Jesús; y con los medios que ella proporciona a sus hijos, consigan esa finalidad peculiar y esencial en la Compañía.

El General, es la cabeza, que ordena, dirige y gobierna ese universal cuerpo de la Compañía.

Sublime cargo y abrumadora carga.

Sublime cargo, porque en él reside como en su Cabeza, toda la dirección de la casi infinita actividad de ministerios de la Compañía, en Colegios, en estudios, en obras sociales, en investigaciones científicas, en producciones literarias, en publicaciones de libros y de revistas, en la predicación de la palabra divina, en el ejercicio de los ministerios sacerdotales, que ejercen los hijos de la Compañía diseminados por el mundo entero.

Abrumadora carga, por el trabajo continuo e inintermitido, de día a día y de minuto a minuto, que exige al General el universal gobierno de la Compañía.

Bien lo sabe la Compañía; por eso cada sacerdote de ella, cada semana ofrece a intención del P. General el Santo sacrificio de la Misa y los que no son aún sacerdotes una tercera parte del rosario.

Santa unión del cuerpo con la cabeza, para que mejor pueda esa Cabeza gobernar, conservar y aumentar a todo el Cuerpo de la Compañía.

Sublime armonía, de unión de Cabeza con Cuerpo, de autoridad con sus súbditos.

Sabe bien la Compañía lo que es para ella el General; su guarda, su custodio, su vigilante gobernante, su padre que tiene la vida entera dedicada por oficio al bien universal de toda la Compañía.

Y sabe bien el General, lo que es para él la Compañía, la fuente de toda su autoridad, la regla de todo su gobierno, el único cuidado de su vida entera.

Cabeza y Cuerpo no son dos cosas separadas, ni menos antagónicas.

Cabeza y Cuerpo separados, es muerte.

Por eso la Compañía es vida. Porque en ella se da la más íntima unión de cariño y de obediencia entre su Cuerpo universal y la Cabeza de él que es el Preósito General.

José A. Laburu, S.I.